

El mundo amoroso de Catulo y de la Roma de finales de la República

José María BLÁZQUEZ MARTÍNEZ

RESUMEN

El poeta Catulo canta los amores de una de las mujeres de la alta sociedad romana, Lesbia, la Clodia, hermana del lugarteniente de César. Lesbia era una mujer culta, rica, casada. Amaba a muchos hombres al mismo tiempo. Catulo pinta la vida de vicio de la Roma de finales de la República Romana.

Palabras Clave: Alta sociedad romana, final de la República Romana, Lesbia, vida de vicio.

ABSTRACT

The poet Catullus describes the love affairs of a Roman high society woman, Lesbia, the Clodia, sister of the deputy of Caesar. Lesbia was a married woman, elegantly and rich. She had many lovers at the same time. Catullus tells us the viciousness of life in Rome at the end of the Roman Republic.

Key-Words: Roman high society, end Roman Republic, Lesbia, viciousness' life.

El poeta Catulo (84-54 a.C.) es uno de los autores fundamentales para conocer el mundo amoroso de la alta sociedad romana, en los años que le tocó vivir. Al tema amoroso acabamos de dedicar dos estudios¹ que tienen por fuentes a los satíricos Marcial y Juvenal. Con este trabajo la fecha es un tanto más alta. No se refiere a los bajos fondos de Roma, sino a las clases altas². El estudio se subdivide en dos partes: la vida amorosa de Catulo con Lesbia, y la vida amorosa de otros varios personajes que aparecen en la poesía de Catulo. El poeta de Verona no sólo describe sus amores con Lesbia, sino que traza un soberbio panorama del amor a finales de la República Romana.

Pocos datos se conocen de la vida de Catulo. Había nacido en Verona. Era de familia rica provincial, amiga de César. Se trasladó a Roma quizás hacia el año 61 a.C. Catulo menciona en varias poesías a su amada Lesbia. Son los poemas 3, 7, 51, 58 (tres veces), 72, 75, 79, 83, 86, 87, 92 y 107. En otros, parece que aludió a ella, en el 85 y otros varios. Describe su físico en los poemas 43 y 86. En el poema 36 se desprende que era una muchacha culta. Estaba casada, como se deduce del poema

¹ J.M. BLÁZQUEZ, "Mujeres extranjeras en Roma en la poesía de Marcial", *Gerión. Anejos*, VIII, 2004, pp. 57-66; Id., "Conductas sexuales y grupos marginados en la poesía de Marcial y Juvenal", G. BRAVO, R. GONZÁLEZ SALINERO (eds.), *Minorías y sectas en el Mundo Romano*, Madrid, 2006, pp. 55-72; En general: P. VEYNE, *La sociedad romana*, Madrid, 1991, pp. 169-211. Agradezco a los profesores J. Cabrero de la UNED y L. Ruiz de la UCM, las aportaciones a este trabajo incorporadas al texto.

² Se utiliza la edición bilingüe de J.C. FERNÁNDEZ CORTE, con traducción de J.A. González Iglesias, *Catulo. Poesía*, Madrid, 2000. El estudio introductorio es completo y perfecto. La traducción es muy buena. Las traducciones son las de A. González Iglesias. Se ha consultado también: A. SOLER, *Catulo. Poemas*, Madrid, 1993.

83, y probablemente se había quedado viuda, según el mismo poema. Como escribe muy acertadamente J.C. Fernández Corte³: Catulo no presentó a la Lesbia de los poemas como una cortesana sofisticada, similar, quizás, a las amadas de los elegiacos, y mucho menos a una prostituta de alquiler, como las que aparecen en algunos poemas de Horacio, sino que presenta a una mujer libre, casada, bella y culta, más del estilo de la Sempronia cuyo retrato dibujó Salustio (*Cat.*, 28).

El primer problema que se plantea al estudioso es saber quién es la mujer real cantada por Catulo. Apuleyo en su Apología, siguiendo una tradición gramatical, afirma que Lesbia es Clodia. Durante mucho tiempo se ha admitido que la Clodia tan duramente atacada por Cicerón en el *Pro Caelio*, es la Lesbia de Catulo. A Clodia se la identifica tradicionalmente con *Clodia Metelli*, esposa de Metelo que fue procónsul en la Galia Cisalpina en el 62 a.C. y, por lo tanto, podría estar en buenas relaciones con la familia de Catulo, y, cuando éste llegó a Roma, la relación terminó en adulterio. Clodia pertenecía a una notable familia. Era hija de Apio Claudio Pulcer, cónsul del año 79 a.C., muerto en el 76, que fue partidario de Sila. Tuvo tres hijos varones y dos hijas. Metelo murió en el 59 a.C. Clodia, ya viuda, sustituyó el amor de Catulo por el de Celio, cuando el poeta marchó a Verona con ocasión de la muerte del hermano. El poema 76 está dedicado a la ruptura después de un largo amor. Otro poema de ruptura se puede datar con certeza entre los años 55 y 54 a.C. por este año terminó el amor con Lesbia. En el poema 68, la amada de Catulo, con un juego de palabras, se identifica con Juno. El mismo nombre que Cicerón aplica a Clodia, lo que reforzaría la identificación Lesbia-Clodia. Se ha solido admitir, según la identificación tradicional, que los amores de Clodia y Celio son posteriores al viaje de Catulo a Bitinia. El *Pro Caelio* se dataría antes de su vuelta en el 56 a.C. Cicerón conocería muchos poemas de Catulo, en la pintura demoledora de Clodia en el *Pro Caelio*.

Otra tesis, que también comenta muy acertadamente J.C. Fernández Corte, a quien seguimos, niega que Lesbia sea *Clodia Metelli*, pero podría ser alguna de las otras Clodias conocidas, *Clodia Lucilli* o *Clodia Marcii*. Se ha identificado a la *Clodia Metelli* con la hermana mayor de Clodio. Este dato es muy importante, pues no sería una lectora empedernida, conocedora de todas las corrientes literarias del momento. Pertenecía al mundo de Clodio, en el que la sexualidad era desbocada y las intrigas políticas estaban a la orden del día.

La Lesbia de Catulo está, sin duda, idealizada, como sucede en toda poesía amorosa, pero la Clodia del *Pro Caelio* es también otra ficción, como afirma J.C. Fernández Corte, pero Cicerón se atiene a la regla de la verosimilitud. Se ha considerado durante mucho tiempo que la Clodia de Cicerón contrabalanceaba la ficción de Catulo.

Este autor pone de manifiesto sus características ficcionales. Describe el discurso los rasgos sobresalientes de un tipo de vida de la alta sociedad romana de la época. El vehículo preferido era la comedia y el mimo. Nada hay que sea la narración desnuda de la experiencia. Cicerón describe el cambio de costumbres de la época moderna con respecto a las antiguas de su defendido, y esto es lo que interesa al contenido de nuestro trabajo, pues Cicerón y los acusadores de Celio partían

³ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, p. 37.

de un género de vida muy conocido de los jueces del proceso y del público. A este mundo pertenece Clodia, de buena familia, pero que se rebajó a prostituta. El procedimiento de defender a Celio es rebajar a Clodia, haciendo de ella una prostituta. Cicerón pinta a Clodia tal como debía imaginársela el público. Era un tipo representativo de mujer de la alta sociedad romana contemporánea.

Aspecto físico de Lesbia

En el poema 5⁴, por vez primera, Catulo pronuncia el nombre de su amada Lesbia, clara alusión a las mujeres de Lesbos, famosas por su belleza y por Safo, que era de esa isla. El poeta pide a la amada miles de besos. Rompe los cánones establecidos. Lo lógico es que él besara a Lesbia y no al revés:

Vivir, Lesbia, y amar. Vamos a ello.
 Los chismes de los viejos amargados
 nos tienen que importar menos que nada.
 Puede ponerse el sol, salir de nuevo,
 pero la breve luz de nuestros días
 una vez que se apague, será noche
 que habremos de dormir, interminable.
 Dame mil besos ya, dame cien luego,
 y más tarde otros mil y otra centena,
 y mil más y cien más, todos seguidos.
 Y al fin, cuando sumemos muchos miles,
 los desordenaremos. Ni siquiera
 nosotros lo sepamos. Que no pueda
 un envidioso echarnos mal de ojo
 si conoce el total de nuestros besos.

Los grandes poetas contemporáneos de Augusto cantaron también a sus amadas. Propertio a Cintia; Tibulo a Némesis y a Delia, y Galo a Licoris, nombres todos ficticios. En el poema 13, Catulo menciona un regalo de perfumes a Lesbia.

El poeta dedica dos poemas, el 43⁵ y el 86⁶, al que nos referiremos más adelante. Al describir el aspecto físico de Lesbia, lo hace en los siguientes términos. El primer poema valora en Aemeana que era una belleza para los habitantes de Gallia Cisalpina, comparándola con Lesbia:

Te saludo, mujer, tú que no tienes
 precisamente la nariz pequeña,
 ni el pie bonito, ni los ojos negros,
 ni finos dedos, ni la boca limpia,

⁴ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 196-197, 511-512.

⁵ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 270-271, 573-574.

⁶ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 438-439, 755-756.

ni tampoco una lengua muy sutil,
 y encima eres la amante
 de formiano que todo se lo funde.
 ¿Y de ti dice la provincia entera
 que eres hermosa?
 ¿Y contigo comparan a mi Lesbia?
 ¡Qué siglo de incultura y de mal gusto!

Amores de Lesbia y Catulo

En el poema 83, presenta el poeta a Lesbia, hablando mal de él delante del marido, de lo que se alegra mucho, pues es un mulo por no caer en la cuenta de que la esposa despotrica del amante, lo que es la prueba de que está profundamente enamorada, para que su esposo no lo barrunte. Este poema es la prueba de que Catulo amaba a una mujer casada y que era correspondido por ella. El adulterio, en las costumbres romanas, era grave para la mujer, no para el marido:

Lesbia dice de mí barbaridades
 delante del marido, y no hay mayor
 alegría para ese gilipollas.
 Pedazo de animal, no entiendes nada.
 Si no hablara de mí, me habría olvidado,
 y ya estaría desenamorada.
 Si anda gruñendo y profiriendo insultos,
 no sólo me recuerda, sino algo
 peor, que hace más daño. Está rabiosa.
 Que se derrite y por eso habla.

En el poema 79⁷, menciona el poeta de Verona al hermano de Lesbia, del que afirma que su hermana lo prefiere a Catulo. Por tres besos lo vende:

Es guapo Lesbio, ¿para qué negarlo?
 Y Lesbia lo prefiere –entérate,
 Catulo –a ti y a toda su familia.
 –Muy bien, pues que el guapito ponga en venta
 a Catulo y a toda su familia,
 si consigue tres besos
 entre toda la gente que conoce.

Lesbia era una mujer culta, como la describe en el poema 36⁸:

Anales de Volusio, papel lleno de mierda,
 cumplid con la promesa de mi amada.

⁷ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 424-425, 746-747.

⁸ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 256-257, 558-561.

A la sagrada Venus y a Cupido
 ella les prometió que si volvía
 yo a su lado y dejaba de zaherirla
 con despiadados yambos, una ofrenda
 le haría al cojitranco dios: los textos
 del peor de los poetas, elegidos
 con máximo rigor, para quemarlos
 con leña de árboles malditos. Y esto
 es lo que ella, mala como nadie,
 ha visto que sería divertido
 y gracioso ofrecérselo a los dioses.
 Ahora tú, la nacida de azul,
 que tienes templo en el sagrado Idalio,
 en los Urios abiertos y en Ancona,
 en Cnido lleno de cañaverales,
 y tienes templo en Amatunte, en Golgos
 y en Dirraquio, burdel del mar Adriático,
 esa promesa, dignate aceptarla
 y dale cumplimiento, si resulta
 que no le falta gracia ni elegancia.
 Y vosotros, al fuego, venga ya,
 que oléis a pueblo y a vulgaridades,
 Anales de Volusio, papel lleno de mierda.

Lesbia, dolida por la ausencia de Catulo, que la atormentaba con sus versos, había hecho una promesa a Venus y a Cupido: que haría una ofrenda a Vulcano, quemando los versos que le enviaba el peor de los poetas. Así califica Lesbia los poemas de su amante. Catulo afirma a su vez de Lesbia, que es malísima como ninguna otra mujer. Es interesante el epíteto que da a Dirraquio, burdel del Adriático, por la abundancia de rameras en la ciudad. Los epítetos de los amantes encajan bien en el juego amoroso.

En el poema 2⁹ pinta a Lesbia como una mujer fina y delicada, que se entretiene con un gorrión. La califica de deseable, seguramente sexualmente, y de hermosa. Afirma que tiene un gran fuego de amores y que está muy triste por la ausencia del amado. Para calmar su tristeza, juega con un pajarillo. Catulo desea también entretenerse con el gorrión, para aliviar las penas. Lesbia es una mujer hermosa, profundamente enamorada y ardiente.

Lesbia pregunta, en el poema 7¹⁰ cuántos besos necesita Catulo. El poeta contesta que innumerables, tantos como las arenas de Libia y como las estrellas numerosas de la noche, alusión a que sus amores, por ser adúlteros, son furtivos. Catulo se declara loco por Lesbia. Al mencionar a Libia, recuerda tres aspectos por los que es famosa esta tierra: por Cirene, con sus plantas medicinales, que curan la locura, por el oráculo de Júpiter y por la tumba sagrada del héroe fundador, Bato. Catulo es insaciable en el número de besos de Lesbia:

⁹ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 188-189, 506-507.

¹⁰ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 200-201, 513-514.

Preguntas, Lesbia, cuántos besos tuyos
 me bastarían y me sobrarían.
 Tantos como la cifra de la arena
 de Libia, en la aromática Cirene,
 entre el oráculo solar de Júpiter
 y la tumba sagrada del legendario Bato,
 o como las estrellas numerosas
 que en la noche callada
 contemplan los amores
 furtivos de los hombres. Tantos, tantos
 besos habrás de dar cuando lo beses
 al loco de Catulo,
 que diré que me bastan y me sobran
 si no pueden contarlos los curiosos
 ni maldecirlos con su mala lengua.

En el poema 51¹¹, Catulo considera igual a algún dios, e incluso superior a los dioses, al hombre que, sentado, mire continuamente y vea la sonrisa de Lesbia. Esto le vuelve loco al poeta. Describe magníficamente los efectos que le causa ver a Lesbia. Pierde totalmente la voz. La lengua se paraliza. Un fuego amoroso recorre el cuerpo. Zumban los oídos. Los ojos no ven, como si se tratara de la noche. Catulo reconoce que el ocio le perjudica. Se exalta con el pensamiento de la amada. Magníficamente describe el poeta los efectos de la contemplación de la amada. Termina reconociendo que el ocio es la perdición de los reyes y de las ciudades, y lo mismo va a pasar con él:

Que es igual al algún dios, si, me parece,
 superior a los dioses, si es posible,
 el hombre aquel que frente a ti sentado
 sin cesar mira y oye
 tu dulce risa, y, pobre de mí, eso
 está quitándome el sentido. Apenas
 te he visto, Lesbia, nada me ha quedado
 de voz en la garganta
 está inerte mi lengua, sutil fuego
 fluye por dentro de mi cuerpo, zumban
 mis oídos, los ojos se me velan
 por una doble noche.
 Catulo, el ocio está perjudicándote.
 Con el ocio te exaltas y te excedes.
 El ocio fue ya perdición de reyes
 y de ricas ciudades.

Se ha pensado que este poema describe el impacto que le produjo el primer encuentro con Lesbia. Con el envío del poema pretendía ganarse el amor. Lesbia era

¹¹ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 286-287, 582-589.

de gustos literarios sofisticados y excelente conocedora de la literatura, y caería en la cuenta inmediatamente de que Catulo le enviaba una adaptación en lengua latina de tres estrofas de Safo. El poeta ajustó las estrofas de la poetisa de Lesbos a una situación amorosa determinada. En los últimos versos, Catulo se muestra partidario de no entregarse a la pasión amorosa. Se ha supuesto que la última estrofa formaba parte de otro poema, o que el poema 51 fue escrito dos veces, antes y después de la ruptura, lo que sería posible. Según esta interpretación del poema, se trataría de un rechazo de la experiencia amorosa, o de la experiencia amorosa mezclada con los celos. J.C. Fernández Corte¹² rechaza cualquier presupuesto vivencial. Piensa este autor que Catulo comienza la traducción de un poema de Safo que debía ser bien conocido entre los griegos cultos y los romanos. Catulo introduce algunas diferencias importantes. Se proponía rivalizar con Safo en latín. Catulo pretende superar a los dioses y a la propia Safo. Todo este poema condensa el camino que va desde la ilusión al desengaño. Introduce el ocio, un romano debía abandonar la vida amorosa para ser un ciudadano digno.

En el poema 58¹³ Catulo afirma que amó a Lesbia y sólo a ella, más que a sí mismo y que a los suyos. Fue un amor total y profundo. A Lesbia la menciona por su nombre tres veces en seis versos. Este Celio no es el Celio defendido por Cicerón, que fue amante de Lesbia. En este poema se contraponen el pasado y el presente, en que Lesbia es ya una mujer degenerada:

Mi Lesbia, Celio, aquella Lesbia mía,
aquella Lesbia a la que amó Catulo
(únicamente a ella)
más que a sí mismo, y que a los suyos todos,
ahora por las esquinas y callejas
se la pela a los nietos del gran Remo.

Al comienzo del poema 72¹⁴ se habla de los amores sexuales de Lesbia a Catulo, que a nadie amaba más que a él, ni siquiera prefería gozar al mismo Júpiter. Catulo le confiesa que la quiso no sólo como cualquiera quiere a su amigo, sino con efecto familiar. No se menciona la posibilidad del matrimonio, aunque el divorcio estaba muy extendido y era muy fácil de obtener.

El poeta contraponen el pasado de amor físico de Lesbia al presente de conocimiento intelectual. Catulo, cuanto más se consumía en el amor físico, Lesbia era más despreciable e insignificante para el poeta. Cuanto más atracción sexual siente, más la desprecia y la encuentra más insignificante. Lesbia le ha traicionado y se ha dado una ruptura intelectual y afectiva. Siente más amor y la quiere menos:

Ibas diciendo, Lesbia, en otros tiempos,
que sólo conocías a Catulo

¹² J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, p. 585.

¹³ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 300-301, 565-566.

¹⁴ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 408-409, 730-732.

que más que a mí ni a Júpiter querías
 poseer. Yo te quise en ese tiempo
 no solamente como uno cualquiera
 quiere a su amiga, sino como un padre
 a sus hijos y yernos.
 Ahora ya te conozco.
 Por eso, aunque en más fuego me consumo,
 más despreciable e insignificante
 eres tú para mí. Sí, mucho más.
 ¿Qué como puede ser? Porque tan grande
 traición obliga así al enamorado:
 a sentir más amor, ya querer menos.

En el poema 75¹⁵ Catulo afirma que la conducta licenciosa de Lesbia le hace imposible quererla, aunque se vuelva la persona más buena que exista y aunque le haga cualquier cosa, pero tampoco dejaría de quererla. Se da, pues, una flagrante oposición:

Ha caído tan bajo por tu culpa
 mi corazón, sí, Lesbia, y se ha anulado
 tanto cumpliendo sus obligaciones,
 que le será imposible ya quererte,
 aunque te vuelvas la mujer más buena,
 y ya puedes hacerle cualquier cosa,
 que tampoco podría dejar de amarte.

El poema 79¹⁶ es muy importante. Insulta a Lesbia por sus amores con su hermano, por sus relaciones incestuosas, de las que habla también Cicerón en el *Pro Caelio*, que era un rumor que corría de boca en boca por toda Roma. Insulta al hermano, que no encuentra quien le bese en la calle. El poeta acusa a Clodio de afeminado, como comenta J.C. Fernández Corte, pues se había introducido, disfrazado de mujer, para encontrarse con la esposa de César en las fiestas de la Bona Dea, donde sólo participaban mujeres. Le acusa también Catulo de practicar la *fellatio* de hombre a hombre, o el *cunnilingus*, costumbres que eran detestadas por los romanos, aunque frecuentes, a juzgar por la asiduidad con que se representan en el arte¹⁷.

En el poema 86¹⁸ afirma que Lesbia es la más bella mujer del mundo. Indica cual es el ideal popular sobre la belleza femenina, encarnada en Quintia, que reconoce que es hermosa, blanca, alta, erguida, pero rechaza que sea hermosa en conjunto, pues no tiene encanto ni tiene gracia:

¹⁵ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 414-415, 733-734.

¹⁶ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 424-425, 746-747.

¹⁷ La *fellatio* se representó mucho en el arte griego y romano, hecha por mujeres. Véase: C. JOHNS, *L'Eros nell'arte antica*, Roma, 1982, p. 106, fig. 90; p. 157, fig. 140; pp. 157-158, figs. 140-141; p. 171, fig. 153; J. BOARDMAN, E. LA ROCCA, *Eros en Grecia*, Madrid, 1976, pp. 96-99; J. MERCADÉ, *Roma Amor*, Ginebra, 1961, p. 31.

A muchos les parece Quintia hermosa.
 A mi: blanca, alta, erguida. Tales dones
 uno por uno se los reconozco.
 Pero hermosa en conjunto, lo rechazo,
 pues no hay un solo encanto en ese cuerpo
 tan grande, ni tampoco un solo grano
 de sal. En cambio, Lesbia sí es hermosa:
 no ya porque esté espléndida en conjunto,
 sino porque ella sola les quitó
 a todas las demás, todas las gracias.

En el poema 87¹⁹ confiesa Catulo que ha amado a Lesbia como a ninguna otra mujer, y que siempre le ha sido fiel:

Ninguna mujer puede decir que la han amado
 tan verdaderamente como tú, Lesbia mía,
 como tú has sido amada por mí, nunca ninguna.
 Lealtad nunca hubo tanta en pacto alguno
 como en tu amor ha habido por mi parte.

En el poema 92²⁰ remacha el vate de Verona una idea ya apuntada en el poema 83. Lesbia y Catulo se aman profundamente. Se prueba este amor porque ambos continuamente hablan mal uno de otro. Posiblemente para que la gente no se entere. El hablar mal del amado, el odio y los insultos son pruebas elocuentes de amor. Los dos amantes se comportan de la misma manera. Introduce una novedad con respecto al poema 83, donde Lesbia habla mal delante del esposo.

En el poema 107²¹ el poeta afirma que es especialmente grato a un hombre que le fuera concedido un deseo que ya no esperaba obtener. Si Lesbia vuelve a Catulo, aunque ya no lo espera, ese día se le haría el más dichoso. Ha habido, pues, una reconciliación entre los amantes, y Catulo es el hombre más feliz del mundo:

Si un deseo le fuera concedido
 alguna vez a un hombre que lo había
 pedido, pero ya no lo esperaba,
 especialmente grato se le hace.
 Por eso a mí se me hace también grato
 Y me resulta más valioso que oro,
 que vuelvas a mi lado, Lesbia mía,
 a mí, que había pedido ese deseo,
 vuelves, a mí que ya ni lo esperaba.
 ¡Oh día que merece señal blanca!
 En la felicidad que me hace único

¹⁸ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 438-439, 755-756.

¹⁹ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 440-441, 756-757.

²⁰ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 450-451, 761.

²¹ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 480-481, 777-778.

¿quién de los que están vivos me supera?
 ¿O quién puede decir que existen cosas
 más deseables que esta vida mía?

El último poema de amor entre Catulo y Lesbia es el 109²². Lesbia le ha asegurado que el amor de los dos va a ser feliz y duradero. El poeta pide a los dioses que lo que promete Lesbia sea verdad, que lo diga de todo corazón y que ambos mantengan su amor todos los días de la vida. Catulo cumple por su parte; la que no cumple es Lesbia, que era una mujer muy libre y no tenía palabra alguna. Catulo llama a Lesbia “vida mía”, expresión típica de amantes profundamente enamorados. En otros poemas la ha llamado también “Lesbia mía”, como en las poesías 43, 44, 58 y 87.

El poema 8²³ se refiere al amor con Lesbia no correspondido por ella, que ha roto la relación amorosa. Lesbia afirma su libertad a amar a quien quiera. El perseguirla es en vano. Tampoco debía amargarse. Debía mostrarse duro. Catulo la califica de pérfida, pues se va con otro:

Deja, pobre Catulo, las locuras.
 Da por perdido lo que ves que ha muerto.
 En otro tiempo te alumbraron soles
 resplandecientes, cada vez que ibas
 a la cita con ella,
 la que tuvo tu amor como ninguna
 lo tendrá. Muchos eran los placeres
 que tú querías y ella no negaba.
 Resplandecientes soles te alumbraron.
 Ahora ella no quiere. Tú tampoco
 la persigas, pues huye y nada puedes.
 Pero tampoco vivas amargado.
 Mejor, resiste firme y hazte duro.
 Adiós, mujer. Catulo se ha hecho duro,
 no te va a requerir ni a suplicarte
 contra tu voluntad.
 Ya sufrirás al ver que no te buscan.
 Ay de ti, mujer pérfida, qué vida
 te espera. ¿Quién se va a acercar a ti?
 ¿A quién le vas a parecer hermosa?
 ¿A quién querrás ahora?
 ¿De quién dirás que eres?
 ¿A quién vas a besar, morder los labios?
 Tú, Catulo, con fuerza, aguanta duro.

El poema 11²⁴ se refiere a la ruptura del poeta con Lesbia, a la que ya aludió en el poema 2 y continuó en el poema 7. Furio y Aurelio son dos falsos amigos. Anuncia

²² J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 484-485, 779-780.

²³ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 202-209, 514-516.

²⁴ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 210-211, 521-523.

Catulo públicamente la terminación del amor con Lesbia, debido a la promiscuidad amorosa de Lesbia, que ama a muchos al mismo tiempo, a los que destroza:

Furio y Aurelio, buenos compañeros
de Catulo, así llegue hasta el final de la India
a las costas batidas por olas orientales
que resuenan de lejos,
o junto a los Hircanos, los delicados Árabes,
o los Sagas, los Partos siempre armados de flechas,
o a las aguas que el Nilo, dividido
en siete, colorea,
o avance más allá de los muy altos Alpes
para ver los trofeos del gran César,
el Rin allá en la Galia, y los Britanos
extremos y terribles,
todos estos peligros, los que los dioses quieran,
dispuestos como estáis a que los afrontemos
juntos, pues transmitidle a mi chica estas pocas
palabras no muy gratas:
que adiós y que disfrute con sus chulos
los trescientos que tiene a la vez abrazados,
sin querer a ninguno de verdad, pero a todos
rompiéndoles los lomos.
Que ya no se preocupe de mi amor, como antes,
que por su culpa ha muerto, como flor en el borde
del prado, a la que apenas ha rozado
el arado a su paso.

El poema 72²⁵ se ha interpretado en el sentido de que Rufo ha traicionado al poeta, y es el causante de su ruptura con Lesbia:

Rufo, amigo (por tal yo te tenía
a la ligera y gratuitamente)
(¿cómo gratuitamente? A un alto precio
y muy penoso), ¿así, a traición, entraste
en mi vida, y quemándome por dentro,
me robaste, ay de mí, todo mi bien?
Me lo robaste, fuiste el cruel veneno
de mi vida y el fin de una amistad.

Catulo describe en sus poemas los amores de dos personas de la buena sociedad romana. Ambos son cultos y están en buena posición económica. Son amores adúlteros, al estar ella casada. No piensan en el matrimonio, ni en tener hijos. Es un amor sexual. Tienen que tener el amor oculto. Él la ama profundamente, pero ella es muy

²⁵ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 418-419, 744-745.

libre y anda con varios. Mantiene amores incestuosos con su hermano, que practica la *fellatio* y el *cunnilingus*. El amor termina en ruptura.

El tipo de amor entre Catulo y Lesbia sería muy frecuente en la Roma de finales de la República Romana, y el tipo de Lesbia.

La pintura de Sempronia, la esposa de Catilina, tal como la presenta Salustio (*Cat.* 25) tiene puntos de contacto con Lesbia, y es también un buen ejemplo de dama de la alta aristocracia romana. Pertenecía a la ilustre familia de los Gracos, muy vinculada con la historia de Hispania. Estuvo casada con Décimo Junio Bruto, cónsul del 77 a.C. Posiblemente fue la madre de uno de los asesinos de César, Décimo Bruto. La describe así Salustio:

Ahora bien, entre éstas se contaba Sempronia, que muchas veces había llevado a cabo actos propios de la osadía de un hombre. Esta mujer por su alcurnia y su belleza, y también por su marido y por sus hijos, era bastante afortunada; versada en la literatura griega y latina, tocaba la lira y bailaba con más elegancia de lo que una mujer honesta necesita, y poseía otras muchas cualidades que son instrumento de la disipación. Pero para ella tod era más estimable que la honra y la decencia; no era fácil dilucidar qué respetaba menos, si su dinero y su reputación; su pasión era tan encendida que cortejaba ella a los hombres con más frecuencia de los era cortejada. Antes había traicionado muchas veces su palabra, había negado con perjurio haber recibido un préstamo, había estado complicada en un crimen; su lujo y su falta de medios la habían llevado a la ruina. Ahora bien, poseía cualidades extraordinarias; sabía escribir versos, hacer chanzas, llevar una conversación ya seria, ya distendida o procaz; tenía, en fin, mucha sal y mucho encanto.

Los poemas son un estudio soberbio del funcionamiento del amor entre dos amantes en un tipo determinado de amor, el adúltero.

La Clodia de Cicerón

El *Pro Caelio* de Cicerón²⁶ es un documento que hay que tener presente al referirse a Lesbia Clodia. Es también fundamental para conocer la vida de la juventud romana de finales de la República, entre la que se movió Lesbia. El orador hace una pintura sombría de Clodia para defender a Celio. Recarga las tintas. Presenta un tipo depravado de mujer de la alta sociedad romana, de mujer libre, culta, viciosa y sin escrúpulos. Necesariamente tiene un fondo de verdad, que es lo que nosotros creemos, pero exagerado. Ante el tribunal, el orador no podía fantasear totalmente.

Celio perteneció a una buena familia. Era un joven distinguido por sus méritos. Uno de sus maestros fue Cicerón, a quien le encomendó su padre para que le preparara para la carrera de abogado. Un discurso suyo forense fue contra Gayo Antonio,

²⁶ J. ASPE, *Cicerón. En defensa de Marco Celio*, Madrid, 1993. Para conocer bien la lucha política y callejera en la que participó activamente el hermano de Clodia, es fundamental el *Pro Milone* de Cicerón. J.M. BAÑOS, *M. Tulio Cicerón. Discursos IV. En defensa de T. Annio Milón*, Madrid, 1994. Para la revuelta de Catilina, véase: SEGURA RAMO, *Salustio, Conjuración de Catilina*, Madrid, 1997, y las *Catilinarías* de Cicerón (J. CABRERO, *Marco Tulio Cicerón. Obras selectas*, Madrid, 2004, pp. 43-99).

por indicios de conspiración contra la República. El segundo se pronunció contra Lucio Atranio, por soborno. Un hijo de éste acusó a Celio de violencia, que comprendía: 1) Haber promovido una sedición contra el Estado; 2) Haberse apoderado de los bienes de Pallas; 3) Expulsar a unos embajadores egipcios de Puteoli, puerto de Roma, y de haber asesinado a su jefe, Dión; 4) Intentar envenenar a Clodia. La defensa corrió a cargo de Mario Craso, del mismo Celio y de Cicerón. Sólo se conserva el discurso de este último orador. El discurso es importante, como se ha indicado, por pintar Cicerón un cuadro exacto de la Roma hacia el 56 a.C. es un testimonio histórico y social de primer orden.

La Roma de Celio y de Clodia en el Pro Caelio de Cicerón

A Celio se le atacó por sus costumbres, por su intimidad con Catilina, lo que era lo mismo que acusarle de andar en malas compañías. La juventud romana de los años 65-63 a.C. se vinculó a Catilina, y Celio no fue una excepción. Cicerón acepta que muchos romanos de toda clase y edad hicieron lo mismo, pues tuvo muchos indicios de poseer Catilina las más relevantes cualidades.

A Celio se le acusaba por sus deudas, por sus gastos y por los libros de cuentas que le reclamaban. Celio era un derrochador. Cicerón afirma que la causa de todos sus males, mejor de las habladurías, fue Clodia, a la que llama Medea Palatina por su loco amor. Celio había alquilado una casa en el Palatino. Se acusaba a Celio de haber manoseado a algunas mujeres de los acusadores, a la vuelta de una cena. Se acusaba a Celio de ser compañero de los Luperulus, que corrían semidesnudos en el Palatino y ejecutaban movimientos obscenos. Se acusaba a Celio también de frecuentar los banquetes y los jardines, de usar perfumes y de visitar Bayas, ciudad de Campania donde se concentraba la juventud para divertirse. Cicerón admite que muchos de los jóvenes han llevado este género de vida, y que han pasado toda su juventud en el placer, y después se han vuelto personas serias y hasta han llegado a ser ilustres. Sería interminable hablar de las seducciones, de los adulterios, de la desvergüenza y del despilfarro en Roma. Cicerón admite que todo esto está a la orden del día. Todos estos vicios eran propios de la época que se vivía, y común a muchos. Cicerón confirma que en su día existía una hostilidad general hacia la juventud, por sus deudas, por su descaro y por su libertinaje.

El problema de las deudas era grave a finales de la República. Catilina estaba arruinado en el 63 a.C., según Cicerón (*Cat.* 1.6). A César, en el año 61 a.C., habiendo sido nombrado propretor de la Provincia Ulterior en Hispania, no le querían dejar partir los acreedores, y le amenazaron con un proceso (*Suet. Caes.* 18). Craso adelantó el dinero. Milón, el asesino de Clodio, quería ser cónsul para evitar ser castigado por sus deudas.

Son los vicios y defectos de la edad de Celio o de su tiempo. Cicerón sólo da importancia a la acusación de haber pedido un préstamo a Clodia, y de haber preparado un veneno para dárselo, con el fin de asesinarla. El pedir dinero a Clodia era indicio de una intimidad nada común. Luego intentó asesinarla, envenenándola. Tal era la acusación. Califica a Clodia el orador de mujer noble y pública, sin duda por mantener relaciones con muchos varones, y ser por ello muy conocida en Roma. Al marido de Clodia lo califica de hombre importantísimo, de gran valor y ferviente patriota, que

sobrepasa a todos los conciudadanos en valor, gloria y prestigio. Cicerón pide a Clodia que explique la amistad íntima con Celio. Los acusadores de Celio utilizaban las palabras: placeres, amores, adulterios, baños de Bayas, playas, banquetes, francachelas, canciones, conciertos musicales, paseos por mar..., todo hecho con consentimiento de Clodia.

Cicerón describe los placeres de la juventud, es decir, de Celio, que eran también los de Clodia y los de toda la juventud dorada de la alta sociedad romana de finales de la República Romana. El orador afirma que Clodia se enamoró de Celio por su candor, su lozanía, su semblante y sus ojos. Lo llevó, posiblemente, a la Villa Clodia, para pasar un rato con él. Lo atrajo con dinero. Cicerón califica a Clodia de señora de la alta sociedad. Más delante de su discurso hace una descripción demoledora de Clodia, que se prostituye a todos, y que tiene siempre un amante públicamente conocido. Todas las liviandades andan sueltas por sus jardines, por su casa, por las villas de Bayas. La acusa de ayudar con la economía familiar a sus derroches, de que vivía de viuda con una descarada desfachatez, en medio de una pródiga opulencia y con el libertinaje propio de una prostituta. Cicerón no considera adúltero al hombre que saludara alguna vez a una tal mujer. Para Cicerón, llamar a Clodia ramera, es el equivalente a calificarla de muy libre en el amor. Mantendría relaciones sexuales con todo el mundo de su estatus social. Este tipo de mujer se ha repetido en la Historia.

Cicerón reconoce que las virtudes de los antepasados de los actuales romanos, se encuentran difícilmente, no sólo en las costumbres de su tiempo, sino aún en los libros. Las obras escritas, expresión de aquel antiguo rigor, han pasado de moda.

Acepta Cicerón condescender un poco con la edad, pero pone límites. Escribe:

Tengan los jóvenes una mayor libertad; no cerremos todas las puertas al placer. No lleve siempre las de ganar la severa y rígida razón. Triunfen alguna vez la pasión y el placer sobre la razón; con tal de que en esto se guarde aquella justa medida: velen los jóvenes por su propia honestidad, no priven de ella a los demás, no derrochen su patrimonio, no se dejen arruinar por la usura, no atenten contra la casa y la fama de otro, no deshonren a los virtuosos, no mancillen a los honrados, no difamen a las gentes honorables, a nadie aterren con su violencia, no participen en las intrigas, absténganse del crimen; más cuando, al fin, hayan cedido a los placeres, dando algún tiempo a las diversiones propias de la edad y a esas frívolas pasiones de la adolescencia, vuélvase algún día al cuidado de los negocios domésticos, de los forenses y de los públicos de modo que parezca que esas diversiones que antes no habían llegado a comprender bien, las han dejado ya por pura saciedad y las han despreciado a fuerza de vivirlas.

Cicerón admite que muchos encumbrados y excelentes personajes en su juventud, de quienes era público, unas veces su excesiva libertad de costumbres, otras su lujo derrochador, la enormidad de sus deudas, sus despilfarros y su libertinaje, fueron después virtuosos. En aquellos años, la juventud rica gozaba de gran libertad en el vicio y en todo tipo de placeres. Una vez, menciona de paso, los burdeles, que se permitieron siempre.

Cicerón sigue pintando a lo largo de su discurso, con tintas más sombrías, la vida de Clodia; su comportamiento público; la liviandad de una mujer que ha llegado a tal extremo que ya, no sólo no busca ni la soledad ni la sombra, ni un velo a sus escándalos, sino que se complace en realizarlos en público.

El párrafo, creemos que debe referirse a Clodia, y no a una mujer libre en general, aunque Cicerón afirma que no se refiere a ella, pues algunos puntos los ha dicho Cicerón de ella. De todos modos lo que expone el orador se cree posible en Roma y se darían casos parecidos entre las damas de la alta sociedad romana, muy libre de costumbres en aquellos años:

Si una mujer no casada tuviera su casa abierta a la pasión de cualquiera y se hubiera instalado públicamente en la vida de la prostitución; si hubiera tomado la determinación de asistir a los banquetes de hombres que no tienen ninguna relación con ella e hiciera esto en la ciudad, en los jardines de su villa y en medio de la conocida animación de Bayas; si, finalmente, se comportara de este modo, no sólo en su andar, sino también en su tocado y en su séquito, no sólo en el fuego de su mirada y en la libertad de sus palabras sino también en los abrazos, en los besos, en su manera de actuar, en los paseos por mar y en los banquetes, hasta el punto de parecer, no sólo una meretriz, sino una meretriz proterva y procaz, si un joven tuviera, tal vez, relaciones con ella, ¿era un adúltero o un amante, que quiso asaltar la honestidad de ella o satisfacer su propia pasión?

A Cicerón no le parece censurable que un hombre haya tenido relación con una tal ramera.

Las dos acusaciones más serias, las de solicitar Celio dinero a Clodia, que indicaba una gran familiaridad con ella, y la de intentar envenenarla para no pagar las deudas, son posibles. Una relación amorosa con una tal mujer era perfectamente aceptable, dada la libertad de costumbres en ese momento de Roma, tal como la pinta Cicerón, que califica a Clodia de expoliadora de los amantes, de mujer desenfrenada, temeraria, procaz y furiosa. Los esclavos vivían con bastante libertad, independencia y familiaridad con su señora, rasgo interesante del carácter de Clodia. Se la llama influyente señora, de rica y noble mujer, que estaba rodeada de elegantes jóvenes, amigos de ella.

Se menciona de un modo un tanto oscuro que M. Carmurcio y G. Casernio, a instigación de Clodia, acusaron de estupro a un tal Vetio, que había ofendido a Clodia. La intimidad de Celio y Clodia se califica de infamante. Por influjo de Clodia fue absuelto en los tribunales Sexto Clodio, partidario de P. Clodio, al que acusa el orador de agente sospechoso unas veces, otras confeso de sedición, que con sus propias manos incendió templos, quemó el censo del pueblo romano y los archivos oficiales, lo que sería una falsedad, hombre sin patrimonio, sin lealtad, sin esperanza, sin domicilio fijo, sin recursos, cuya boca, cuya lengua, cuya vida entera están manchadas; que derribó el monumento de Q. Lutacio Catulo, que luchó contra los cimbrios junto a Mario, que destruyó la casa de Cicerón e incendió la de su hermano, situada en el Palatino; que levantó a los esclavos para matar e incendiar Roma. Estas últimas acusaciones son fábulas. Tal eran algunos de los personajes que ayudaba Clodia. Cicerón confirma la noticia de Catulo, que era Clodia amante de su hermano, chisme que correría por Roma.

La pintura de la juventud disoluta de Roma responde, en líneas generales, a la realidad, y la de Clodia está muy recargada en sus tintas, pero debe haber un cierto fondo de verdad o los romanos se imaginaban así a las damas libres, ricas y cultas, de la alta sociedad romana. Las pinturas que hace Cicerón de determinados perso-

najes a los que ataca, están siempre falseadas. La pintura que hace de Catilina, que quería arrasar e incendiar Roma, no responde a la realidad. César y Craso, el jefe republicano y el hombre más rico de Roma, le apoyaron en la primera revuelta, año 65 a.C., e incluso Cicerón pensó presentarse al consulado con él.

En las poesías de Catulo se rastrean otros datos sobre la vida amorosa de los romanos.

Rameras

En los poemas de Catulo se mencionan con frecuencia rameras. Ya en el poema 6²⁷ presenta a Flavio, que se pasa las noches con una ramera sin gracia y sin estilo, que se avergüenza de reconocerlo y está cansado de hacer el amor:

Flavio, si ésa que te gusta tanto
no fuera (la verdad)
una tía sin gracia y sin estilo,
vendrías a contárselo a Catulo,
no podrías callártelo. Lo cierto,
es, amigo, que estás enamorado
de no sé qué calenturienta puta
y te avergüenzas de reconocerlo.
Que tus noches no son de solitario
tu cama nos lo dice
a gritos, por más que
inútilmente intentes silenciarla,
fragante como está de aceite sirio
y guirnaldas, la almohada de la izquierda
igual que la derecha, nos lo dicen
machacadas las dos, palique y tute
de tu colchón que tiembla todavía.
De nada sirve silenciar tu escándalo.
¿Para qué? Tú no irías descubriendo
ese torso agotado de follar,
si no estuvieras en algún delirio.
Lo que tengas, igual da bueno o malo,
dímelo, que yo quiero celebrarte
a tí y atus amores
por todo lo alto, con hermosos versos.

El poema 10²⁸ se refiere a su amigo Varo, que llevó a Catulo a conocer a su nuevo amor, una putilla no desprovista de gracia y de atractivo, a su casa. El poeta califica

²⁷ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 198-199, 512-513. Para la prostitución en Marcial y Juvenal, véase: J.M. BLÁZQUEZ, "Mujeres extranjeras", pp. 58-61; Id., "Conductos sexuales", pp. 68-69; J.M. BLÁZQUEZ, J. Cabrero, "Termas y prostíbulos en la antigua Roma", *La Aventura de la Historia* 53, 2003, pp. 90-93.

²⁸ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 206-209, 518-521.

a la muchacha de puta y más que puta. La acusa de maricona. Al final le echa en cara que es un tía aburrida y pesada, y que no hay manera de divertirse a su lado.

En el poema 32²⁹ se dirige el poeta a una ramera, Ipsitila, y la ruega le invite a visitarla en su casa a la hora de la siesta, para hacer el amor. Catulo también se relacionó con rameras:

Dulce Ipsitila mía, te lo ruego,
mi amor, cariño mío, invítame
a visitarte, a la hora de la siesta.
Y si me invitas, hazme otro favor:
ten la puerta de fuera sin cerrojo
y no te dé por irte de paseo.
Quédate en casa, y preparada, porque
Sin descanso habrá nueve revolcones.
Pero invítame ya, si te parece.
Me he hartado de comer, estoy tendido
y monto ya la tienda de campaña.

El poema 37³⁰ menciona un burdel situado próximo al templo de Cástor y Pólux, en el Palatino, barrio residencial de Roma donde vivía Clodio Metelo, marido de Clodia, y Cicerón. Se ha pensado que el burdel era la casa de Clodia, ya que Cicerón en el *Pro Caelio* dice que Clodia había convertido su casa en un lupanar, e insiste en que es una ramera. Se alude a los que frecuentan el lupanar con la palabra conturvenales, que se consideran con éxito con la muchacha y desprecian a las demás considerándolas gentes sin educación y groseras. Se menciona a zánganos que pasan todo el día en el burdel, inactivos. Catulo los amenaza con llenar las paredes de *graffiti*, que probablemente son representaciones de falos y de genitales femeninos, frecuentes en los lupanares y casas de Pompeya³¹. En este poema se alude, posiblemente, a Lesbia, que ha huido de los brazos de Catulo, que la amaba como a ninguna otra mujer ha amado. Los amantes la están ahora gozando. Catulo los llama chulos, entre los que descollaba el obeso Equacio, de barba oscura y que se limpiaba los dientes con orines, según costumbre ibera. El poema insiste en que Lesbia se prostituye y está rodeada de gentes que viven de ella, es decir, que le sacaban los cuartos. El poema 39³² está dedicado al mismo personaje.

El poema 41³³ se refiere a una ramera fea, de nombre Ameana, que le pide por satisfacer su amor 10.000 sestercios, amante del derrochador de Formias, Mamurra, al que ya atacó el poeta en la poesía 29³⁴.

²⁹ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 248-249, 554-555.

³⁰ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 258-259, 562-565.

³¹ M. GRANT, A. MULAS, *Eros in Pompeii. The erotic Art Collection of the Museum of Naples*, Nueva York, 1975, pp. 90-91, 108-113.

³² J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 262-263, 566-568.

³³ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 265-267, 569-570.

³⁴ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 242-243, 547-551.

El poema 55³⁵ es importante por mencionar los lugares de Roma frecuentados por las rameras, que eran: el Campo Pequeño, el Circo, los puestos de libros, el templo de Júpiter Máximo y el paseo de Pompeyo. Catulo busca a su amigo Camerio, que debía haber caído en las garras de un nuevo amor.

Una alusión, quizás, al hombre que anda continuamente con rameras, es el poema 97³⁶, que es uno de los más crudos de Catulo:

He acabado pensando que en Emilio
no se distingue (y válganme los dioses)
ir a olerle la boca, de ir al culo.
Ni una más limpia está ni otro más sucio.
La verdad es que el culo está más limpio
y mejor desdentado como está,
que esa boca, con dientes de pie y medio,
y encías huecas como un viejo carro
además de una risa parecida
al coño de una mula cuando mea
partido en dos por tanta calentura.
Folla a un montón de tías, se las da
de guaperas, ¿y nadie va a mandarlo
como un burro a la rueda de un molino?
La tía que lo toque, si hay alguna,
¿no vamos a pensar que también puede
lamer el culo de un verdugo enfermo?

En el poema 103³⁷ menciona a Silón, que ama el dinero y que vive de chulo de rameras.

El poema 110³⁸ se refiere a rameras que frecuentan los jóvenes de la alta sociedad. Cobran tarifas fijas. Aufilena hizo una promesa de carácter sexual a Catulo y no la cumplió, pues de mujeres honradas es cumplir, si no cumplen es un fraude. Aufilena no cumple, pero se lleva los regalos:

Aufilena, las buenas
amigas siempre son dignas de elogio:
cobran tarifa por lo que han fijado.
Pero tú, que me hiciste una promesa
y me engañaste, eres mi enemiga.
Siempre estás que no das y que te llevas.
Por lo tanto, cometes un delito.
De honradas es cumplir, y de decentes
no prometer, así debiera ser,
Aufilena. Distinto es ventilarse

³⁵ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 294-295, 591-594.

³⁶ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 460-461, 767-768.

³⁷ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 472-473, 774-775.

³⁸ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 486-487, 780-781.

lo que te dan. Estamos ya en un fraude
mayor que el de un puta avariciosa
que prostituye toda su persona.

Queda claro de la lectura de todos estos poemas que la prostitución era frecuente entre las gentes de la alta sociedad de Roma. La prostitución era una profesión infame, pero no tanto como en el mundo moderno. Calígula tuvo un prostíbulo de hombres y de mujeres en palacio, para obtener dinero. Catulo los frecuentó. Lesbia llevaba una vida muy libre, rodeada de jóvenes con los que mantendría relaciones amorosas, según Catulo y Cicerón, por eso el orador la acusaba de ser una ramera y su casa un burdel.

Homosexualidad

Estuvo muy extendida en la sociedad romana, tanto la masculina como la femenina, al decir de Pablo (Roma, 126-27).

Flavio Josefo (BI IV. 9. 562) fue contrario a la homosexualidad. Séneca la admite tranquilamente. En Roma, el amor por las mujeres no se oponía al amor a los muchachos. Catón, que dejó tan buen recuerdo entre los hispanos, año 195 a.C., nunca protestó contra la homosexualidad ni contra tener muchachos favoritos. Sólo arremetía contra el pago de precios astronómicos por un pequeño esclavo, como sucedía entre los griegos.

La homosexualidad de tipo griego se generalizó en Roma ya en la época de Catulo. Se extendió la costumbre del muchacho favorito, o la pandilla de jóvenes esclavos. Se planteó el problema de tener jóvenes libres o de buenas familias, y de convertir los gimnasios en escuelas de aprendizaje amoroso. En la realidad, el amor a los muchachos nobles estuvo tan extendido como en Grecia.

La homosexualidad era muy frecuente en las escuelas en época de Horacio. Estaba admitida. Lo que estaba mal visto era la posibilidad en el acto amoroso de los muchachos libres. Los padres se informaban de en qué gimnasio los hijos libres corrían más peligro. El amor a la griega no era un resultado de la helenización de Roma. En Roma, el amor a los muchachos no fue un problema sexual, sino ético. La bisexualidad era muy frecuente, como aparece en la poesía de Catulo.

En el mundo griego y romano, grandes figuras fueron homosexuales: Píndaro, Sócrates, Platón, Aristóteles, Alejandro Magno, César, Tiberio, posiblemente Calígula, Nerón, Trajano, Adriano y Heliogábalo. Crisipo enseñaba a los sabios el arte de amar a los efebos. Era un mundo de bisexuales.

Catulo alude a ello. En la ya mencionada poesía 10, versos 15 y 16, afirma que el pretor de Bitinia, donde estuvo Catulo, era homosexual, que vejaba al poeta, pues abusaba sexualmente de su boca, lo que era una prueba de superioridad política.

El poema 15³⁹ es muy importante para el contenido de este trabajo. Recomienda a Aurelio su amor, un chaval, que le proteja honestamente. No temía a la gente, sino

³⁹ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 220-225, 527-529.

a Aurelio y a su falo. Teme que el muchacho sea cortejado, como sucedía en la pederastia griega, por hombres. Los romanos eran de criterios más amplios que la moral puritana moderna, pues los amores con jóvenes no libres estaban permitidos. Catulo, en este poema, alude a amores con un muchacho. El poeta confía la integridad sexual del muchacho a un hombre muy peligroso en este aspecto, que le recomienda que se la menee cuando quiera. Sólo exceptúa a este muchacho. Al final menciona el castigo infligido a los adúlteros o al estupro. En este poema, Catulo se confiesa pederasta:

Te encomiendo mi amor y mi persona,
 Aurelio. Este favor que ahora te pido
 es modesto (y honesto): si anhelaste
 alguna vez de todo corazón
 que fuese puro y estuviese intacto
 aquello que tú tanto deseabas,
 protege a mi chaval honestamente,
 no digo de la gente, nada temo
 de los que van y vienen, a lo suyo
 por la plaza y transitan distraídos.
 Sin embargo, de ti sí tengo miedo
 y de tu polla, alzada, ese peligro
 para los chicos buenos (y los malos).
 Muévela todo lo que te apetezca,
 cuando te venga en gana, donde gustes,
 si está presta al combate y anda fuera.
 Sólo exceptúo, para ser honestos,
 a este muchacho. Si tu mala idea
 y tu inmoral locura, condenado,
 te empujaran a crimen tan horrible
 como herirme a traición donde más duele,
 ay de ti entonces, pobre desgraciado:
 después de separarte bien las piernas,
 por la puerta de par en par abierta
 te meteremos rábanos y peces.

El poema 16⁴⁰ es importante. Se presenta Catulo como un hombre viril, al presentarse activo sexualmente con Aurelio y con Furio, no receptor. A Aurelio lo califica de maricón y a Furio de puta, que estaban humillados en el acto sexual. A los dos Catulo los insulta con términos humillantes para un romano. El primer verso puede interpretarse como un insulto. Catulo es partidario de guardar las apariencias. Los versos eróticos y poco púdicos excitaban al deseo sexual a los chavales y a los hombres. Los calificativos a Furio y a Aurelio parecen aludir a que eran descuidados en su aspecto físico. Catulo es pasivo al solicitar muchos besos de Lesbia, y no dar el paso de satisfacer el sexo. Aurelio y Furio parecen tener a Catulo por afeminado, pero dar por el culo y dar a chupar la polla del primer verso es una prueba de

⁴⁰ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 222-223, 529-533.

virilidad para un romano. La peor acusación para un romano es ser poco viril, es decir, receptivo en el amor. Este poema podría ser una buena exposición de la moral de finales de la República Romana. El poema separa claramente la moral civil de la literaria:

Por el culo os voy a dar y por la boca,
 Aurelio maricón, y puto Furio,
 que a mí me habéis juzgado por mis versos:
 porque ellos son eróticos, yo impúdico.
 Casto tiene que ser el buen poeta
 en su persona, pero para nada
 en sus versos, que tienen sal y gracia
 si son eróticos y poco púdicos
 y pueden excitar lo que les pica
 no digo ya a chavales, sino a tíos
 peludos que no pueden con sus músculos.
 Y porque habéis leído “muchos miles
 de besos” ¿me juzgáis poco hombre?
 Por culo os voy a dar y por la boca.

El poema 21⁴¹ trata el mismo tema que el 15. Aurelio quería gozar al chaval de Catulo, pues era un pederasta. Andaba con él. Se arrimaba y lo intentaba. Se trata, probablemente de un joven esclavo. Catulo le amenaza con una *fellatio*. En este poema, nuevamente, se declara Catulo pederasta:

Aurelio, que eres padre de las hambres,
 presentes y pasadas y futuras,
 quieres follarte a mi chaval. Y encima
 sin esconderte. Andas a su lado,
 os enrolláis, te arrimas y lo intentas
 todo. Pero es inútil. Por más trampas
 que me tiendas, yo voy a someterte
 antes y voy a hacer que me la mames.
 Si al menos fueras rico, no diría
 nada de tus acosos, pero sufro
 por mi chaval, el pobre, que contigo
 va a aprender a pasar hambres y sed.
 Así que déjalo, termina ya,
 mientras puedas hacerlo con honor.
 Que vas a terminar, pero mamando.

El poema 25⁴² está dirigido a Talo, que es, probablemente, un bailarín y un homosexual, como solían ser muy frecuentemente los artistas de teatro. Era muy afeminado. Le acusa de ladrón y, si no devuelve lo robado, le azotará:

⁴¹ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 226-227, 536-537.

⁴² J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 234-235, 543-544.

Talo, eres maricón, eres más blando
 que el pelo de conejo,
 que la pluma de pato,
 que un lóbulo de oreja
 o que la picha floja de algún viejo,
 más delicado que una telaraña
 y también más ladrón
 que un tornado que todo se lo lleva,
 porque te basta la menor rendija
 en el cofre que guarda los bienes más preciados.
 Devuélveme mi toga, esa que me robaste,
 mi pañuelo de Játiva,
 los bordados bitinios,
 que andas exhibiendo por ahí
 como si los hubieras heredado,
 gilipollas. Devuélvemelos ya,
 despégalos ahora de tus garras,
 si no quieres quedar abochornado,
 y tu espaldita débil, tus manos suavécitas,
 marcadas por azotes calentitos,
 y acabar sacudido como nunca
 igual que breve nave sorprendida
 en alta mar por viento enloquecido.

En el poema 50⁴³ se describen magistralmente los efectos en Catulo de la poesía de su amigo Licinio. Es un análisis de sus efectos. Catulo experimenta en sí todos los efectos de la pasión amorosa. La relación poética entre estos dos grandes vates de la poesía romana del momento estaba contaminada por el amor, que degradaba la relación. J.C. Fernández Corte piensa que Catulo pretendía que muchos pensarán que existía el erotismo entre él y Calvo. Tampoco los síntomas amorosos se refieren a lo vivido, sino como a una reelaboración de algo bien conocido por el lector de poesías amorosas. Escribir un poema, termina el comentarista, se parece a un orgasmo:

Ayer, Licinio, el dulce no hacer nada
 se nos fue entretenidos escribiendo
 sin prisa en mis tablillas, como estaba
 acordado, mostrando nuestro ingenio.
 Con versos de ocasión uno y el otro
 jugábamos, en metros diferentes,
 entre bromas y vino, intercambiándolos.
 Y de allí me marché tan encendido
 por tu encanto, Licinio, por tus gracias,
 que ni me deleitaba el alimento,
 pobre de mí, ni el sueño clausuraba
 con reposo mis ojos. Incapaz
 de dominarme, el ancho de la cama

⁴³ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 284-285, 581-582.

fatigué dando vueltas, como loco,
 deseando ver la luz, para poder
 hablar contigo, hallarme junto a ti.
 Cuando agotado de sufrir, yacía
 sobre el lecho mi cuerpo medio muerto,
 compuse este poema,
 para ti, dulce amigo,
 para que comprendieras
 íntegramente mi dolor. Ahora
 ten cuidado, no seas imprudente,
 no desprecies mis ruegos, te lo ruego,
 porque te quiero yo más que a mis ojos,
 y no quiero que Némesis se vengue
 de ti. Que es una diosa apasionada.
 No vayas a ofenderla, ten cuidado.

Catulo, en el poema 57⁴⁴ menciona a dos homosexuales bien conocidos en Roma, César y Mamurra. El poeta los describe, no sólo como homosexuales, sino como adúlteros. Su mal es subordinarse en el acto amoroso, no la homosexualidad. En la mentalidad del romano lo degradante era no ser activo en el amor. Estos dos personajes eran bisexuales, como suelen ser los homosexuales y lesbianas:

Esos degenerados bujarrones,
 es decir, César y Mamurra el puto,
 están de acuerdo en todo. Y no me extraña.
 Llevan impresas manchas parecidas
 –uno en Roma, otro en Formias– que no van
 a borrarse con un simple lavado.
 Su vicio es parecido. Ellos gemelos.
 Los dos han recibido la instrucción
 en un solo colchón.
 Todo muy *chic*.
 Ninguno de los dos supera al otro
 a insaciable y promiscuo. Si son socios
 es para competir con mujerzuelas.
 Que están de acuerdo en todo
 Estos degenerados bujarrones.

De especial importancia para el contenido de este trabajo, es el poema 61⁴⁵. Es un himno nupcial dedicado a Himeneo, dios del matrimonio, con claras alusiones de carácter sexual. En los versos 121-126, dice:

Tu marido no querrá,
 entregándose a adulterios

⁴⁴ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 298-300, 595-596.

⁴⁵ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 308-325, 601-617.

malos ni yendo detrás
de vicios inconfesables,
infiel acostarse lejos
de tus tetillas tan tiernas.

Aluden los versos a que el marido no será de casado, ni adúltero, ni homosexual. Estos versos pertenecen a los cantares fesceninos, que se cantaban durante la proce-sión nupcial a los novios. Eran de carácter obsceno y muy populares. Para la novia empieza una nueva vida, caracterizada por la sexualidad, versos 139-144. La novia llegaba virgen al matrimonio.

En los versos 151-164 se menciona la costumbre de arrojar nueces a los niños. Dejar las nueces es abandonar los juegos propios de la niñez y dedicarse a los trabajos típicos de los hombres. Al casarse, el esclavo favorito perdía los favores del amo. Es decir, el marido dejaba de tener relaciones amorosas con el joven esclavo. Catulo hace que sea el esclavo favorito el que arroje nueces a los niños. Al esclavo favorito le asqueaban las esclavas del campo. Ahora, el peluquero le rapa la cabeza y le obligan a convertirse en persona mayor. Los dueños tenían como amantes a los jóvenes con la cabeza afeitada. Los esposos renuncian a los jóvenes concubinos, que eran esclavos propios o concubinos. Los dueños, en el amor, eran activos, no pasivos. Esto último era lo infamante y no el tener un esclavo para gozarle:

No calle más la procaz
burla de los fesceninos,
ni niegue a los niños nueces
el esclavo favorito,
cuando sepa que ha perdido
el amor de su señor.
Dales nueces a los niños,
inservible favorito.
Bastante tiempo jugaste
con las nueces. Te conviene
ahora servir a Talasio.
Favorito, dales nueces.
Las rústicas te asqueaban
favorito, ayer y hoy.
Ahora rapándote está
la cabeza el peluquero.
Desdichado, ay, desdichado.
Favorito, dales nueces.
Cuentan que de mala gana
tú, marido perfumado,
renuncias a tus lampiños
amigos. Pero renuncia.
Io, Himeneo, Himen,
io, Himen, Himeneo.

El poeta insiste mucho en el amor del esposo y de la esposa (versos 201-214; 247-253). El poeta (versos 254-276) desea a los esposos, hijos, pues en la concep-

ción romana el matrimonio es para tener hijos, concepción que después pasará al cristianismo a través del estoicismo, que es ajena a los judíos y que no se encuentra en el capítulo dedicado por Pablo al matrimonio en 1 Cor. 7. Para Pablo, en el matrimonio se satisface el amor carnal:

Disfrutad cuanto gustéis,
y tened pronto los hijos,
que no conviene que esté
sin hijos un apellido
tan rancio, sino que siempre
de su mismo tronco engendre.
Un Torcuato pequeñuelo
que tienda sus tiernas manos
desde el seno de su madre
hacia su padre. Eso quiero.
Y que ría dulcemente
con los labios entreabiertos.
Que se parezca a su padre
Manlio, y que lo reconozcan
todos al primer vistazo,
hasta los que no lo saben.
Y la honradez de su madre
la lleve en la cara él.
Que ennoblezca su linaje
la honestidad de su madre,
igual que sigue gozando
Telémaco de Penélope
de una gloria irrepetible
por su muy honesta madre.

El marido reconoce la legitimidad del hijo y es comprobada por el parecido del hijo con el padre.

En la pintura de las Bodas Aldobrandinas de Roma, se tiene el mejor comentario al poema dedicado por Catulo a Himeneo⁴⁶. En el arte helenístico aparecen escenas del gineceo, como en un *pixis* del grupo de Adriano, con el atavío de la joven esposa⁴⁷, o escenas de gineceo⁴⁸.

Algunos otros casos de homosexualidad se pueden mencionar en las poesías de Catulo. En el poema 81⁴⁹, el poeta habla de Juvencio, que se enamoró de un huésped suyo y no de Catulo. La expresión “más amarillo que una estatua de oro” alude a la sexualidad desenfrenada. Catulo se siente amante despechado:

⁴⁶ A. MAIURI, *La peintre romaine*, Ginebra, 1953, pp. 30-31; P. VEYNE, *I misteri del gineceo*, Roma-Bari, 2000, pp. 38-45.

⁴⁷ J. CHARBONNEAUX, R. MARTIN, F. VILLARD, *Grecia Helenística (330-50 a.C.)*, Madrid, 1971, p. 100, fig. 99.

⁴⁸ J. CHARBONNEAUX, R. MARTIN, F. VILLARD, *Op. cit.*, p. 136, fig. 135.

⁴⁹ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 428-429, 748-749.

A ver, Juvencio, ¿entre tanta gente
que puebla Roma, acaso no había otro
hombre atractivo del que enamorarte
que no fuera ese huésped tuyo, un tipo
de Pisauro, esa villa muerta de hambre,
más amarillo que una estatua de oro,
que ahora te hace latir, que está en tu gusto
por delante de mí? ¿Hasta eso llegas?
Pues no sabes el crimen que cometes.

Un vez más, Catulo se presenta como un bisexual. Ama a Lesbia y a otros. El poema 99⁵⁰ está dedicado al mismo Juvencio, al que ha dado un beso. Por su amor, Catulo se encuentra torturado. El beso, que era una ambrosía, se ha vuelto amargo. Juvencio ha motivado la rivalidad amorosa de Catulo con Furio y Aurelio. La rivalidad entre homosexuales es muy fuerte, y son muy celosos.

En el poema 100⁵¹ se cita a dos amigos, Celio y Quintio, enamorados de dos hermanos, Aufileno y Aufilena. Parece aludir el poema al loco amor de Catulo por Lesbia, que no es obstáculo a los amores de Catulo con Celio o con otros. J.C. Fernández Corte cree que Celio ayudó en los amores a Catulo. Las expresiones amorosas utilizadas por el poeta, como siempre, son de una gran fuerza:

Celio por Aufileno, Quintio por Aufilena,
están colados, ellos que son lo mejorcito
de la Verona joven. Sí, se mueren
uno por el hermano, el otro por la hermana.
De verdad, eso es lo que se llama dulce
fraternidad y camaradería.
¿Mis mejores deseos, para cuál? Para ti,
Celio, pues tu amistad extraordinaria
del fuego me salvó en aquel momento
en que una llamarada delirante
abrasaba mis médulas. Que seas feliz, Celio.
Y, en el amor, potente.

En el poema 106⁵² Catulo menciona a un chaval guapo que mantenía amores con un subastador público. Quería prestar amores homosexuales.

El último poema de homosexuales es el 112⁵³:

Mucho hombre eres tú, Nasón. Más ponle
que el que a tu lado baja, mucho hombre
no es. Así Nasón, en conclusión,
digamos que eres mucho maricón.

⁵⁰ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 464-465, 769-770.

⁵¹ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 466-467, 771-772.

⁵² J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 412-413, 732-734.

⁵³ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 420-421, 745-746.

Masturbación

Una alusión a la masturbación se hace en el citado poema 58. Es una cita de pasada. En cambio Ovidio la menciona con detenimiento: la masturbación mutua en una cena (*Ars.* 1. 4. 48); a la mujer antes del coito (*Am.* I. 52); de la mujer al hombre (*Am.* III. 7. 74).

Impotencia

Catulo la menciona en el poema 67, al que se alude a continuación. Ovidio dedica a ello un poema (*Am.* III. 7). La masturbación no era una deshonra; sí el que la mujer saliera intacta del lecho.

Incesto

El incesto debía ser muy frecuente a finales de la República Romana, como se deduce de la poesía de Catulo. El poeta menciona varios casos de incesto. Así, en la poesía 67⁵⁴ presenta a un marido impotente, cuyo padre violó el lecho nupcial de su hija y que profanó su desdichada casa. Esta historia la conocía toda Brescia:

*“Porque su impío sentimiento
ardía de amor ciego, o simplemente
porque resulta que era su retoño
impotente y tenía estéril semen,
de modo que hubo que buscar de dónde
de dónde algo saldría más enérgico
capaz de desatar el cinturón
propio de aquella virgen.”*
Extraordinario padre, según cuentas,
admirable cumpliendo,
que se encargó en persona de correrse
en el regazo que era de su hijo.

El poeta cuenta varios casos de incesto familiar. El primero es el poema 74⁵⁵. El protagonista es un incestuoso. El tío, convertido en Harpócrates, calla el adulterio. Ha perdido la dignidad y está infamado. Los poemas 78⁵⁶, 88 y 89 están dedicados a Galo. También se trata de un caso de incesto familiar⁵⁷. Gelio mantiene relaciones amorosas con su madre, con su hermana y con la mujer de su tío materno, que era

⁵⁴ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 381-382, 695-699; Sobre la impotencia en Marcial, véase: J.M. BLÁZQUEZ, “Conductas sexuales”, p. 65.

⁵⁵ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 478-479, 776.

⁵⁶ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 490-491, 781-785.

⁵⁷ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 443-447, 757-759.

irrumator y *fellator* de Victor, dos actividades infamantes para un romano. El incesto es para Catulo una monstruosidad. En el poema 88 recuerda también una *fellatio*, que es un acto que desprestigia a quien lo hace:

Quid facit is, Gelli, qui cum matre atque sorore
prurit et abiectis peruigilat tunicis?
quid facit is, patruum qui non sinit rsse maritum?
ecquid scis quantum suscipiat sceleris?
suscipit, o Gelli, quantum non ultima Tethys
nec genitor Nympharum abluit Oceanus:
nam nihil est quicquam sceleris, quo prodeat ultra,
non si demisso se ipse uoret capite.

En el poema 89 se firma que Galio está escuálido:

Gelio está flaco, ¿para qué negarlo?
Viven con él: su madre que tan buena
está, y tan fresca, su tan atractiva
hermana, con su tío, también bueno.
Todo lleno de nenas (y parientas).
¿Cómo no va a estar seco?
Nada más con que toque lo que tiene
prohibido tocar,
ya ves motivos
más que sobrados para que esté seco.

En el poema 90, pide Catulo que de la unión de Gelio con su madre, nazca un mago. Catulo, como los romanos, desprecia la religión de los persas, su salmodia y sus sacrificios. Catulo pide que nazca de la unión incestuosa lo peor que puede salir, un mago persa:

Que nazca un mago de la unión nefanda
de Gelio con su madre, y luego aprenda
el arte persa de la adivinación,
pues un mago ha de ser lo que se engendre
de una madre y un hijo, si no miente
la religión impía de los persas,
para que acabe honrando él a sus dioses,
y les agrade, y su salmodia acepten,
mientras va derritiendo las entrañas
grasientas de la víctima en el fuego.

En el poema 91⁵⁸ se indican las causas del odio de Catulo contra Gelio. Le ha resultado un amigo infiel, que ha atentado contra lo que más ama Catulo. Probable-

⁵⁸ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 448-449, 759-761.

mente fue uno de los causantes de la ruptura del poeta y de Lesbia. A Catulo le hería profundamente la traición de un amigo íntimo como lo indican los poemas 73⁵⁹ y 76⁶⁰. En el poema 111⁶¹ censura una vez más los amores incestuosos de Aufilena con su tío. Considera que es preferible que una mujer tenga relaciones con cualquier varón. En Roma, el incesto entre madre e hijo o entre hermanos, no fue raro. Los satíricos se burlaban de él. Era motivo de maledicencia y de sarcasmo. Era condenado, pero no provocaba horror.

Adulterio

Debía ser muy frecuente como en todas las épocas. Ovidio en los *Amores* y en *Arte de amar* recomienda las relaciones extramatrimoniales. Lesbia era adúltera.

En la ya citada composición 67, se menciona el doble adulterio de una dama con Postumio y con Cornelio (versos 56-59). En el poema 71⁶² se recuerda un adulterio, y en el 113⁶³, el adulterio de Mecila, dama desconocida, con el poeta Curna, al que Catulo se refirió en los poemas 10 y 95, y era amigo suyo, que publicó *La Esmirna*.

Fellatio. Cunnilingus. Irrumator

Ya ha sido mencionada por Catulo en varias composiciones suyas. En el poema 59⁶⁴ se habla de la *fellatio* de Rufa de Bolonia con Rufino. La *fellatio* está muy mencionada en los *graffiti* de Pompeya⁶⁵. Ya se ha recordado un caso de autofellatio en la poesía de Catulo.

En el poema 78b⁶⁶ cita Catulo a uno de boca sucia por practicar la *fellatio* o ser un *cunnilingus*. En el citado poema 80, Gelio aparece como *fellator*, además de ser un *irrumator*. En la poesía 103⁶⁷, igualmente el poeta menciona a Silón, que es también un *fellator*, que practica la *fellatio* por dinero. Ya se han citado en las poesías varios casos de *cunnilingus* y de *irrumator*.

⁵⁹ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 410-411, 732.

⁶⁰ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 416-417, 735-744.

⁶¹ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 488-499, 781.

⁶² J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 406-407, 730.

⁶³ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 492-493, 783.

⁶⁴ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 304-305, 600.

⁶⁵ E. MONTERO, *Priapeos. Grafitos amatorios pompeyanos. Reposiano. El concúbite de Marte y Venus. Ausonio. Centón nupcial*, Madrid, 1981, pp. 108-109, nos. 40-41, 129, n° 116, 140, n 158, nos. 142-143, nos. 166, 168-171; También el *cunnilingus*. E. MONTERO, *op. cit.*, pp. 113-114, nos. 58-61, 114, nos. 63-65, 131, n° 128, 140-141, nos. 158-161, 144, nos 17-19; Igualmente, en los grafitos pompeyanos se menciona el *irrumator*, pp. 136-137, nos. 145-146, 148; En la obra de Marcial y de Juvenal, véase: J.M. BLÁZQUEZ, "Conductos sexuales", p. 65.

⁶⁶ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 422-423, 746.

⁶⁷ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 472-473, 774-775.

Virginidad y matrimonio

En el poema dedicado a Himeneo se afirma que la esposa llega virgen al matrimonio. En el citado poema 67, se dice lo contrario. El poema 62⁶⁸ trata el mismo tema, ya abordado, del matrimonio, de sus ventajas y de sus inconvenientes. La doncella se resiste a romper los lazos con su madre y con sus compañeras, y se alaba la virginidad. Los jóvenes no valoran la virginidad ni la aprecian. Sólo se defiende la institución. No hay defensa de la familia, ni deseo de propagar la especie o defender al Estado. El poema es una canción alterna entre jóvenes y muchachas. Hay una competición y un premio. La mujer finge estar horrorizada, pero en el fondo se regocija.

Los divorcios y subsiguientes matrimonios estaban muy extendidos en Roma. César, Cicerón, Pompeyo y Ovidio se casaron tres veces.

No existía en la sociedad romana ningún rechazo a la sexualidad, como no lo hubo ni en Grecia ni en el Antiguo o Nuevo Testamento entre los judíos, ni entre los fenicios.

El matrimonio sólo servía en la sociedad romana para transmitir el patrimonio a los hijos. No era un acto jurídico ni religioso, sino sólo social. En la sociedad romana, la castidad no era una virtud. Sólo eran vírgenes las Vestales, y en Grecia, muchachas en algunas fiestas religiosas. Israel desconoce la castidad, salvo en ascetas que vivían en los desiertos, como Juan Bautista y los esenios (Jos. BI. II 8. 2; Plin. V. 17; Phil. *Quod omnis probus liber* 12-13), aunque no todos. Jesús no recomendó la castidad a nadie, según Pablo (1 Cor. 7. 25. 9. 6). Los fenicios tampoco conocían la castidad, salvo los sacerdotes del Heracleion gaditano (Sil. Ita. III. 28).

Ausencias

En las poesías de Catulo no se menciona el lesbianismo⁶⁹, ni los travestis ni la bestialidad, representada en el arte helenístico⁷⁰ y en las lucernas⁷¹; ni los anticonceptivos, muy usados en Grecia y en Roma, permitidos en el Antiguo y el Nuevo Testamento y por el cristianismo hasta Agustín que los prohibió, aduciendo la ley del levirato⁷², que no tiene nada que ver con los anticonceptivos, ni al aborto, tampoco prohibido por las Sagradas Escrituras, que debía ser frecuente en Roma, según Ovidio en sus *Amores* (II. 3), donde estaba mal visto (*Am.* 2 14), ni al *equus eroti-*

⁶⁸ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 326-331, 617-628. El acto amoroso se representó mucho en el arte griego y romano, véase: C. JOHNS, *Op. cit.*, pp. 8-9, figs. 133, p. 33, fig. 17, pp. 36-37, fig. 20, pp. 138-156, figs. 137, 116-124, 126-128, 136, pp. 155-156, 161-162, figs. 142, 144-147; J. BOARDMAN, E. LA ROCCA, *op. cit.*, pp. 106, 112-115, 124-125, 133-135, 138-140, 160, 162-167. Principalmente en la cerámica aretina.

⁶⁹ Para el lesbianismo en la obra de Marcial y de Juvenal, véase: J.M. BLÁZQUEZ, "Conductas sexuales", pp. 66-67.

⁷⁰ La bestialidad se representó en el arte griego y romano, véase: C. JOHNS, *Op. cit.*, pp. 16-17, fig. 3, p. 25, fig. 9, p. 129, fig. 113, p. 131, fig. 115, pp. 134-135, fig. 118; J. MERCADÉ, *Op. cit.*, p. 114. El mejor comentario a esta lucerna romana del s. III y de la copa de figuras rosas del s. VI a.C., se lee en la *Metamorfosis* de Apuleyo X. 19-22.

⁷¹ C. JOHNS, *Op. cit.*, p. 129, fig. 113.

⁷² J.K. COYLE, "Agustín, el maniqueísmo y la contracepción", *Agustinus* XLIV, 1999, pp. 89-97.

cus, que era muy frecuente a juzgar por las pinturas⁷³. Tampoco se menciona el matrimonio entre homosexuales, del que hablan Marcial y Juvenal⁷⁴, ni el uso, por las damas, del consolador⁷⁵.

Castración sexual

El poema 63⁷⁶ es una especie de pantomima trágica:

Atis, tras cruzar hondos mares en rauda nave,
 cuando por fin pisó con paso apresurado
 aquel bosque de Frigia y accedió a los espacios
 opacos de la diosa, rodeados de frondas,
 espoleado entonces por rabia enloquecida,
 se cercenó aturdido el peso de las ingles,
 usando un afilado pedernal. Al momento,
 al sentirse lo que era: unos miembros sin hombre,
 mientras mancha la tierra de sangre fresca aún,
 tomó precipitada, con sus manos de nieve
 un ligero timbal, ese timbal que es tuyo,
 Cibeles, diosa madre, tu instrumento iniciático
 y golpeando la cóncava piel de toro con tiernos
 dedos, así se puso a cantar temblorosa
 ante su comitiva: “Venid, acudid, galas,
 al corazón del bosque de Cibeles, unidas,
 marchad unidas, si, errabunda manada
 de la reina del Díndimo, que buscando lugares
 extranjeros, lo mismo que hacen los desterrados,
 séquito de mi secta, compañeras –yo os guío–
 desafiasteis olas insaciables, el piélagos
 inclemente, y castrasteis vuestro cuerpo por odio
 desmesurado a Venus. Alegrad, pues, el ánimo
 de la señora nuestra con imparables bailes.
 Ni demora ni dudas. Id unidas, seguidme
 al hogar de Cibeles, al bosque de la diosa
 en Frigia, en Frigia, aquí donde el címbalo clama,
 donde braman tímboles, donde el flautista frigio
 toca su grave música con la caña curvada,
 donde van sacudiendo las Ménades violentas
 hacia atrás sus cabezas coronadas de hiedra,

⁷³ El *equus eroticus* fue muy representado en el arte romano, véase: C. JOHNS, *Op. cit.*, pp. 18-19, fig. 4, p. 34, fig. 18, pp. 92-93, fig. 77, p. 126, fig. 110, pp. 156-157, fig. 139, p. 166, fig. 148, p. 168, fig. 150; M. GRANT, A. MULAS, *Op. cit.*, pp. 36, 52, 153, 156, 158-159; J. MERCADÉ, *Op. cit.*, pp. 31-32, 55, 71, 79, 81, 83, 84^a, 87, 91, 123, 126.

⁷⁴ J.M. BLÁZQUEZ, “Conductas sexuales”, pp. 62-64.

⁷⁵ C. JOHNS, *Op. cit.*, p. 144, fig. 125.

⁷⁶ J.C. FERNÁNDEZ CORTE, *Op. cit.*, pp. 332-339, 628-643.

donde dan cumplimiento a sus ritos sagrados
entre agudos chillidos, donde la denostada
cohorta de la diosa gusta de andar errante,
a donde dirigimos hemos con raudos brincos.

Pues así cantó Atis, mujer no natural,
ante sus compañeras, y, apenas terminó,
prorrumpió aquel cortejo en aullidos haciendo
vibrar todas las lenguas, el leve timbal muge,
resuenan huecos címbalos, se precipita el coro
hacia el Ida verdeante. Atis lo va guiando
hecha una furia, errática, jadeante y exánime,
al son de los tímboles, por los bosques densísimos,
como ternera indómita que se sacude el yugo.
Veloces tras su guía, la de los pies ligeros,
van las galas, así que, al llegar al hogar
de Cibele, rendidas del esfuerzo excesivo,
cogen todas el sueño, sin venerar a Ceres.
Sopor paralizante va cerrando sus ojos
Con un suave desmayo. Así se desvanece
En el blando reposo su rabioso delirio.
Mas, cuando el de la cara de oro, el Sol, bruñó
con su mirar radiante el nacarado cielo,
toda la tierra firme y el mar embravecido,
y expulsó con sus frescos corceles resonantes
las sombras de la noche, en ese punto el Sueño
huyendo a toda prisa se retiró de Atis
(ya despierta) y halló acogida en el seno
palpitante de amor de la diosa Pasítea.
Así la propia Atis, tras el blando reposo,
sin violenta locura, tan pronto recobró
conciencia de sus actos y vio serenamente
qué se había arrancado y dónde se encontraba,
regresó hasta la costa con ánimo encendido.
Allí, mientras miraba el mar interminable,
Apenada y con lágrimas en los ojos habló
Dirigiendo a su patria este triste discurso:
“Patria que me criaste, patria que me engendraste,
yo te he abandonado, desdichado de mi,
igual que los esclavos cuando huyen de sus dueños,
y he traído mis pasos a los bloques de Ida,
para verme entre nieve por los cubiles gélidos
de las fieras y andar furibunda a la busca
de oscuros escondites donde puedan meterse.

¿En qué lugar o dónde voy a sentirte, patria?
Incluso mis pupilas anhelan encontrarte.
Durante el breve tiempo en que está mi conciencia
libre de esta salvaje rabia. ¿Yo mismo voy
a hundirme en estos bosques, distantes de mi casa?

Patria, bienes, amigos, padres, ¿voy a perderlos?
 ¿Voy a perder el foro, la palestra, el estadio,
 los gimnasios? Ay, pobre corazón mío, pobre,
 tienes que lamentarte una y otra vez,
 pues, ¿de qué forma humana no he estado revestido?
 Soy mujer, fui muchacho, fui efebo, fui niño.
 El mejor del gimnasio, el que gozó la gloria
 del aceite en los músculos. Concurridas estaban
 las puertas de mi casa, calientes sus umbrales.
 Mi residencia ornada de guirnaldas floridas,
 en cuanto con el alba salía de mi cuarto.
 ¿Y yo voy a acabar en sierva de los dioses,
 esclava de Cibeles? ¿Una Ménade yo?
 ¿Yo, fragmento de mí? ¿Varón estéril, yo?
 ¿Yo voy a transitar los helados espacios
 del Ida verdeante recubiertos de nieve?
 ¿Voy a pasar mi vida a la sombra de estas
 altas cumbres de Frigia, por los mismos lugares
 que la cierva del bosque y el jabalí errabundo?
 Ya sufro lo que hice, ya estoy arrepintiéndome.

Nada más que salieron de sus rosados labios
 estas exclamaciones que llevaron a oídos
 de los dioses noticias que ninguno sabía,
 Cibeles desató los leones del carro,
 Azuzó al de la izquierda, auténtico enemigo
 Del ganado, y le habló de este modo: “Adelante,
 feroz, tú que lo eres, lánzate, vé, consigue
 que el delirio lo agite, logra que nuevamente,
 a golpe de locura se adentre por los bosques
 quien está pretendiendo, por demasiado libre,
 sustraerse a mi imperio.

En Roma, el culto de Cibeles estaba muy extendido. A finales de la República Romana, Catulo ha celebrado la castración de Atis. Comienza el poema presentando el marco de la acción. Sigue la castración de Atis acompañado de sus compañeros. Atis se vuelve eunuco, como los sacerdotes de Cibeles. La danza estimulaba la castración; Atis se dirige a sus compañeros llamándoles *gallae*, nombre de los sacerdotes castrados de Cibeles. Catulo describe la danza al son de instrumentos musicales exóticos y con giros rápidos. Canta el frenesí del grupo y de Atis, marchando al santuario de la diosa en Frigia. Todas caen rendidas por el sueño. Sigue un monólogo de arrepentimiento de Atis. Se había convertido en esclavo de una diosa, Cibeles, idea ajena a la mentalidad romana. Este poema, en una Roma en la que se había propagado el culto a Cibeles, exótico y chocante por tantos aspectos, debió impactar fuertemente. La acción se sitúa en el Oriente. Catulo ha descrito magníficamente una experiencia religiosa extraña, un mito, el de Cibeles y Atis, y un ritual, el de la castración, totalmente ajenos a la tradición romana.

En resumen, en la obra de Catulo se describe soberbiamente la vida sexual de los

romanos a finales de la República Romana, con una gran libertad de expresión, que responde a una gran libertad de costumbres, tal como pocos años después la pintan las *Odas* de Horacio, o los *Amores* y el *Arte de amar* de Ovidio. El concepto de pornografía no existió en la Antigüedad ni en el cristianismo, ni en la literatura ni en el arte, ni tampoco la noción de amor “contra natura”. Tampoco el de la emancipación de la mujer⁷⁷. Clodia, como Julia, la hija de Augusto, eran mujeres libres pero no emancipadas.

Como escribe P. Veyne⁷⁸, entre la época de Cicerón y el siglo de los Antoninos, se produjo un gran acontecimiento mal conocido: la metamorfosis de las relaciones sexuales y conyugales. Las obras de Catulo son importantes, al igual que la obra de Horacio, la de Ovidio y de Propertio, para conocer el final de una etapa en la evolución de la moral romana.

Esta moral, a través del estoicismo medio, Musonio Rufo y Séneca⁷⁹, ambos de la segunda mitad del s. I, es la que heredó el cristianismo y ha pervivido hasta el s. XXI. El influjo de los principios morales de Séneca en Tertuliano (*De an.* 2) es grande. De Séneca procede el convertir la religión en un asunto de sexo, y de Musonio Rufo la idea de que el fin del matrimonio es tener hijos, concepción que no es judía. Ni el Cantar de los Cantares, ni Pablo (1 Cor. 1) mencionan los hijos al hablar del matrimonio.

Como afirma V. Rad, una de las mejores comentaristas al *Genesis*, no se puede aducir al Génesis ni para defender el matrimonio monógamo, ni que el fin del matrimonio sea tener hijos, ideas ajenas a la mentalidad judía.

El texto cristiano de Lactancio, a comienzos del siglo IV, sobre la moral sexual cristiana, predica la vieja moral pagana. Se prohíbe la prostitución, la pederastia, la *fellatio* y el *cunnilingus*. Las ideas de Agustín sobre sexualidad son de influjo maniqueo⁸⁰.

⁷⁷ Sobre la mujer en la Antigüedad romana son útiles: P. SCHMITT (coord.), *Storia delle donne. L'Antichità*, Roma-Bari, 1990; A. FRASCHETTI (coord.), *Roma al femminile*, Roma-Bari, 1994; E. GARRIDO (coord.), *La mujer en el mundo antiguo*, Madrid, 1986; A. RICHLIN, *Pornography and representations in Greece and Rome*, Oxford, 1992; M.B. SKINNER, *Sexuality in Greek and Roman Culture*, Bodmin, 2005; A. LÓPEZ, C. MARTÍNEZ, A. POCIÑAS, *La mujer en el mundo mediterráneo antiguo*, Madrid 1990; P. BROWN, *Il corpo e la società. Uomini, donne e astinenza sessuale nei primi secoli cristiani*, Turín, 1992.

⁷⁸ P. VEYNE, *La sociedad romana*, p. 209; W.A. MEEKS, *Los orígenes de la moral cristiana. Los dos primeros siglos*, Barcelona, 1994.

⁷⁹ P. VEYNE, *Sénèque. Entretiens, Lettres a Lucilus*, Paris, 1993, pp. VII-CLXXXIV; J. MANGAS, *Séneca o el poder de la cultura*, Madrid 2001.

⁸⁰ J. VAN OORT, O. WERMELINGER, G. WURST (eds.), *Augustine and Manichaeism in the Latin West*, Leiden, 2001; J.K. COYLE, “Foreign and insane: Labelling manichaeism in the Roman Empire”, *Studies in Religion / Sciences Religieuses*, 33/2, 2004, pp. 217-239.